

BLAS MALO

*El esclavo  
de los 32.000 denarios*

la esfera  de los libros

## Dramatis Personae

MEDORO. Esclavo cojo, contable, de la confianza del procónsul. Desaparecido pero no olvidado.

CRISO. Hijo de Medoro. Esclavo con ansias de justicia, y con hambre de libertad.

LUCIO CORNELIO ASELIO. Primo del procónsul, gestor de sus propiedades en ausencia. Un sinvergüenza y un mal gestor.

MANILIA VALERIA. Esposa de Aselio. Una víbora de doble rostro.

PUBLIO CORNELIO ANULINO. Procónsul de la Bética, símbolo del poder de Roma.

SILVINA BARBA. Mujer de Anulino, en Ilíberis. De carácter.

EMILIA CATILIA. Sobrina de Silvina Barba y de Anulino. Revolucionará a Criso, a Aselio y a Ilíberis.

EMILIO CORNELIO CATILIO. Hermano de Emilia. Será procurador defensor de los terribles cargos contra Criso.

PERSEO AFRICANO. Liberto ambicioso, de política ambigua.

NEMO. Esclavo negro de dimensiones colosales que no pasa desapercibido en Ilíberis.

NIDIA. Esclava alejandrina de ojos violetas. Practicante de ritos arcanos como la hidromancia.

HEIDEL. Esclava germana de ojos azules. Una hechicera que dominará a Aselio.

MARIO Y LICINIO. Dos esclavos del procónsul Anulino. Amigos de Criso.

# PRIMERA PARTE

# I

## *Perseo*

¡Oh, Júpiter, cómo odiaba a aquel hombre! Mario descorrió los cerrojos de la puerta. Se oyeron los pasos apresurados, el eco de las sandalias contra el mármol del atrio. Las mujeres se ocultaron. No era hora de visita. Yo estaba sentado junto a mi padre en el tablino. Y qué calor hacía. Revisaba con él una larga lista de sumas, ábaco en mano. No levanté la vista.

Él sí lo hizo. Era su obligación estar pendiente de todo. Para mí, que aquel hombre llegara en mitad de la siesta y asaltando el silencio y el reposo de la casa, era insoportable. Pero lo que se hiciera o no allí no me incumbía, o no debería. No era mi casa. Ni aquel era mi amo.

Mil veces mi padre había ordenado a Mario que engrasara los goznes, pero era como hablarle a un muro de argamasa. El primo de mi amo, aún adormilado, salió de su cubículo. Pasó de largo del tablino, con Licinio siguiéndolo y ajustándole a toda prisa la túnica para recibir con dignidad a aquel hombre detestable. Mi padre dejó el estilo a un lado. Se apoyó sobre la mesa con las dos manos y se puso en pie, y miró a través del frente abierto de la estancia. Mi padre tiró de mi brazo y me siseó un reproche.

—¡Criso! ¡Levanta!

Yo odiaba a Perseo Africano. ¿Por qué? Él era rico, yo miserable. Él, un liberto, y yo, esclavo. El primo de mi amo (yo le detestaba tanto como al visitante) siempre lo agasajaba como un amigo

apreciado, y yo no veía más que a un advenedizo del que nadie podía fiarse. Lo recibió con efusión y lo condujo hacia el tablino.

—¡Medoro! ¡Criso! ¿Y este desorden? Ay, Perseo. Siéntate. Cuéntame algo. El calor es insoportable. ¡Fuera, Medoro! ¡Licinio, trae vino!

—Sí, amo. Perdón, amo.

—Si tus domésticos no te sirven bien, cómprame unos nuevos. Me quedaré con ellos. Te haré un descuento.

—No puedo, Perseo.

—Sí puedes, Aselio. —Mi padre nunca se quejaba de su cojera. Guardó tablillas y enrolló pergaminos sin una palabra de queja. Yo cerré el armario también en silencio. Perseo me miró fijamente—. Ese. Parece un insolente. Véndemelo.

Yo lo detestaba. Su cabeza calva, quemada por el sol. Esos pliegues arrugados de su piel que descendían por su cuello como si fuera un lagarto viejo. La leve barba negra alrededor de su boca. Se pasó una de sus manos por la calva morena. Sus orejas tan grandes. Sus ojos negros tan penetrantes. Enjuto, ágil, fuerte. Era una serpiente. Odiaba a Perseo, el liberto tratante de esclavos. Y también a Lucio Cornelio Aselio, primo de mi amo, por callar, como si decidiera que mi padre Medoro era un viejo lisiado, y yo un insolente; y que su primo procónsul no se enteraría de nada.

Nos despidió con un gesto. Licinio entró con un ánfora y dos copas de bronce.

Mario nos indicó que saliéramos. Señaló fuera de la casa. Desde la puerta de la cocina, Quinila asomó la cabeza, curiosa. Mi padre se apoyó en mí. Había dejado su vara dentro del tablino. Aselio había corrido las cortinas para ganar privacidad.

Me protegí los ojos del sol con una mano y nos acercamos al carro enrejado parado en el camino que atravesaba el olivar, el viñedo, el campo de cereal. Cuatro hombres a caballo lo protegían. A Perseo le gustaba la ostentación. Su magnífico caballo y un esclavo con sombrilla aguardaban la salida del liberto. Dar sombra millas y millas bajo un sol abrasador a un ser odioso debía ser agotador. Pe-

ro lo que nos interesaba era uno de los esclavos. Algunas mujeres se llevaron la mano a la boca para no gritar de pavor.

—Es un demonio —me susurró mi padre, aferrado a mi brazo.

—¡No hay nada que ver! ¡Volved a los campos! —Rufo agitó el látigo—. ¡Ya basta de haraganear!

Los agrícolas y los domésticos nos dispersamos con las voces del capataz. Mario no dejaba de palmotear y señalar el carro. Volvimos a la casa, a esperar en la cocina. Quinila me asaltó con sus ojos de miel clara y su nariz pecosa.

—¿Es de verdad?

—Debe serlo. Da sombra.

—Los lares nos protejan. ¿Y para qué? ¿Quién lo va a querer?

La otra cocinera rio por lo bajo, burlándose de su ingenuidad. Mi padre se dolió de la pierna y se sentó en un taburete.

—¿Siguen hablando en el tablino?

—Sí, padre.

—Mala cosa.

—¿Qué sucede?

Era Manilia Valeria quien había preguntado. Era joven y hermosa, de rostro luminoso, y su embarazo la realzaba aún más. Quedaba poco. Mi padre sabía llevar esas cuentas también. Que Aselio tuviera a una dulce mujer como aquella, doce años más joven que él, me parecía increíble. Todos callamos. Mi padre se alzó en su presencia, apretando los dientes. Se frotó el muslo con una mano. Ella se dirigió a él. Mi padre habló.

—Ha venido Perseo el liberto, ama. —El tono de voces tras las cortinas del tablino aumentó—. Con esclavos.

—Oh. Virgilia. Ese taburete. —La esclava que la ayudaba se lo arrebató a mi padre. El ama se sentó conteniendo el dolor de espalda. La criatura ya abultaba—. ¿Cenará?

—No lo sé, ama.

Las cocineras trabajaban, y entre ruidos de cuchillos y fogones Manilia Valeria me estaba sonriendo, con sus labios sonrosados y como de canario, sus ojos castaños, su rostro terso de piel joven y blanca. A pesar de las cortinas, el primo de mi amo gritaba al liber-

to. Manilia, alarmada, miró a mi padre. Él se cogió a mí. Yo hice un gesto a Mario y llamé a Licinio. Los cuatro nos quedamos en el atrio, dispuestos a servir al primo de mi amo.

De pronto la cortina se descorrió. El orgulloso liberto cruzó el atrio. Nos apartamos. El primo de mi amo salió hecho una furia.

—¡Lárgate, hijo de Plutón! ¡Quién te crees que eres! ¡Rufo! ¡Rufo! ¡Que no se atreva a volver por la villa! —Aselio tomó la hoja abierta de la puerta y la cerró de golpe, resonó en toda la casa. Cerró los ojos y se pasó una mano por el pelo corto de su cabeza—. ¡Medoro!

Lo temíamos. Mi padre se soltó de mi brazo. No quería parecer un viejo inútil ante él. Mario no bajó la vista y fue blanco de su ira. Recibió un revés en la cara que lo hizo retroceder y cerrar los ojos. Estúpido Mario. Con mayor ira aún, el primo de mi amo abrió la puerta a tiempo de ver el carro y los caballos de Perseo Africano alejarse por el camino de tierra, y volvió a requerir al capataz. Señaló a Mario, quien no sonreía ya.

—¡Rufo! ¡Llévatelo! ¡Azótalo, y que siegue con los demás! ¡Medoro! Estas cifras... ¡Tienen que estar mal! ¡Explícamelas otra vez! ¿Es que no puedes correr más?

—Sí, amo. Perdón, amo.

Allí se quedaron. Rufo empujó a Mario afuera con rudeza. Manilia suspiró, y abanicada por Virgilia me dijo que la siguiera. Rufo bufó. El campo necesitaba hombres y el ama me había hurtao de su vigilancia.

Solos, Manilia Valeria miró al techo decorado con estrellas desde los cojines del lecho. Me sonrió. Luego, tuvo un gesto de dolor. Se puso ambas manos sobre su vientre preñado.

—¿Cuándo los venderán?

—Mañana, ama.

—¿Cómo lo sabes?

Podía suponerlo. Tras dos o tres días en carro desde la costa, con hambre y sed, calor y fiebres, el liberto los llevaría a su finca. Los haría lavarse. Cenarían bien. Carne, pan. Vino. Un buen aspecto y sano aseguraba buenos precios.

—Es así siempre, ama.

Me sentí inquieto. Era como si, simplemente, quisiera oírme hablar. Aquello no podía ser. Temí que el primo de mi amo apareciera y quisiera castigarme.

—Iréis a la subasta. Quiero *ese* esclavo. Y si el precio es bueno, compradlo.



Mi padre no se quejó ni una sola vez de la furia que el primo de mi amo lanzó sobre él. Estaba seguro de sus números. Eran años de experiencia en la gestión de la finca. Mi padre me susurró el motivo. Aselio quería más, porque necesitaba más. Le pregunté cuánto y no quiso compartir su suposición.

A la mañana siguiente, honramos a los dioses por nuestra suerte, comimos las gachas, y Mario y yo y otros dos hombres portamos la litera con el ama hacia la ciudad. Mi padre, cojeando y con su vara, nos seguía. Por todos los campos se repetían las labores. Unos recogían y trillaban la mies, otros cuidaban las vides. Los capataces vigilaban y ordenaban. Los carros regresaban de la ciudad tras dejarla abastecida. Vimos carretas con bloques de piedra caliza. También correos a la carrera hacia el oeste, hacia Ilurco o hacia Anticaria.

Nos cruzamos con otra litera en el camino hacia la ciudad. Cuatro esclavos altos resoplaban y sudaban chorreones portando a su gordo amo. Manilia Valeria era bastante menuda, incluso a pesar de su embarazo. ¡Qué hermosa iba ese día! El cabello castaño recogido con agujas de hueso. Pendientes. Una bella fíbula de bronce. Los pómulos pintados con un leve rubor. Tan hermosa o más que Silvina Barba, a quien visitaría.

Dejamos la vega y encaramos la subida hacia la puerta sur de la muralla, con el sol mostrándose por encima de la cresta de la montaña. Los soldados estaban atentos a los mercaderes, a los artesanos y a los ciudadanos. Pasamos por el vano central y torcimos a la izquierda. Miré atrás. Mi padre resoplaba apoyándose en su vara, con un mal gesto y los ojos entrecerrados. Ante la puerta de



la casa mi padre llamó golpeando con el pie, con firmeza, pero no con rudeza, como hacen los esclavos civilizados.

Abrieron. Bajamos la litera de nuestros hombros y mi padre se apartó para que Manilia Valeria abrazara a Silvina Barba, mi ama, a resguardo del sol.

Suspiré, echando en falta aquella casa. ¿Cuándo regresaría el procónsul? Manilia nos despidió. Los otros dos esclavos se quedaron en la cocina después de entrar la litera por el portón del callejón, tras la esquina, fuera del paso de la calle principal. Mi padre, Mario y yo caminamos a paso vivo hacia el mercado, cerca del foro.

Mario estaba serio. Le dolía la espalda, marcada a latigazos. Nos pusimos a ambos lados de mi padre. Él llevaba la bolsa de dinero. Buscamos la sombra.

—Aselio está desquiciado. Quiere todo. Más esclavos, más influencia sobre los magistrados, gastar mucho, limpiar su nombre. Pero no tiene con qué pagar. Yo no sé qué espera conseguir a cambio de nada.

—¿Nada?

—Todo —replicó mi padre, doliéndose de su cojera—. Debería dar gracias a los genios y al amo, por permitirle estar donde está, en vez de en la ruina.

Agradecemos la sombra de los pórticos. Los vendedores nos acosaron desde la entrada de sus tiendas. Nos refrescamos en una de las fuentes y por un momento nos relajamos. De entre todos los esclavos que Aselio había aportado a la villa del procónsul, Mario era el único del que me fiaba sin reservas. No conocí nunca mudo que hablara tanto, con sus gestos y silbidos. Aselio y Rufo lo tenían por memo. Se equivocaban. Quiso saber a qué se refería mi padre.

—Su primo lo ha protegido desde que llegó de Roma. Dicen que dio una cena a los senadores de la Urbe. Era su presentación social ante los magistrados. Un desastre. La soberbia salsa de Gades que ofreció estaba en mal estado. A saber si por el largo viaje, o porque no pudo comprar una realmente buena. ¿Dónde está el dinero de la familia, dónde el de la dote que aportó su matrimonio? Ni se sabe. Los padres de la patria sufrieron flojera de vientre tres

días. Un gran fracaso, y una gran deuda. Le hicieron destruir toda la remesa y todo lo que además había guardado en un almacén de Ostia. Nuestro amo ahora en Corduba necesitaba alguien que vigilara su villa y sus tierras aquí. Alguien de la familia, quiero decir. Tu amo. Y así vive ahora, a costa del aval y del nombre de nuestro amo.

Mario gruñó. Gesticuló. No entendía nada. Aselio también tenía fincas propias.

—No les gana dinero —replicó mi padre—. Es un administrador desastroso.

—¡Cuidado! —gritó un obrero desde un andamio—. ¡Que me pisáis el mortero fresco!

Siempre había obras por la ciudad. Los propietarios heredaban, derrumbaban las casas de sus padres y construían nuevas, más suntuosas. Y luego estaban los candidatos a las magistraturas, deseosos de ganar votos. Habría elecciones en poco. Había obreros y andamios por todas partes. Las cuerdas subían y bajaban cubos de mortero de cal. Algunos propietarios estaban adueñándose de los pórticos de las aceras para ampliar sus casas. Era agobiante coincidir todos por la calzada, cada uno con sus asuntos y sus prisas. Nos apartamos del paso de los ciudadanos. La multitud de esclavos nos movíamos como una riada de hormigas, sin detenernos, sin hacernos notar. Dejamos de lado las termas, y por el siguiente callejón subimos sus escaleras y entramos al mercado, en la confluencia del cardo con el decumano. Los primeros esclavos ya estaban expuestos sobre la tarima. Uno de los vendedores desgarró la sucia túnica que mal cubría a una joven, dejando sus pechos al descubierto. Ella se negó e intentó taparse y zafarse de las manos del vendedor. Era inútil. Cerró los ojos para ocultarse del mundo. El pelo largo y claro caía por su espalda. Era germana y sus ojos estaban agachados, se negó a mirarnos. Sabía tejer. Sabía hacer pan. Eso proclamaba el vendedor y eso ponía en el letrero que colgaba de su cuello con un cordón de cuero. Sus pies estaban tiznados con yeso hasta la espinilla. Mario no le quitó la vista de encima. Mi padre esperó. El calor ya era asfixiante. Los tratantes mostraron sus otros esclavos. Altos, fuertes, para el campo, para la siega. Mujeres para cuidar el ganado y cardar la lana. Niños para la

casa. Jóvenes mujeres. Niñas. Todos desnudos. Les apretaban los músculos. Les hacían enseñar los dientes. Les palmeaban los pechos. No eran hermosos. Esos ya estarían vendidos de antemano. Mi padre señaló a uno. Lo miró bien. El precio no era malo, pero lo rechazó. Opinaba que por su mirada no era de fiar.

Los niños sollozaban. Quien no encontrara amo acabaría en las minas, y no lo sabían.

El sol subió y se acrecentó el interés por los esclavos, pero no vimos a Perseo y su lote hasta el final. Mi padre había comprado ya a dos africanos de tez tostada, sanos, fibrosos, jóvenes. Mario se hizo cargo de sus cuerdas. Perseo comenzó vendiendo a las niñas, luego a las mujeres, después a los hombres. Era lo que los ciudadanos habían esperado. Los precios fueron altos en la subasta y vendió muchos. Eran hermosos, jóvenes, recios. Eran esclavos seleccionados. Esa era la clase de esclavos que Perseo vendía y algunos magistrados togados incluso bromearon con el liberto. Había dejado al demonio para el final. Subió cada uno de los cuatro escalones hasta la tarima con seguridad, y no con miedo. Eso me sobresaltó.

Los mauros son oscuros, pero aquel esclavo era negro como la noche. Recuerdo el calor, el sudor, a mi padre apoyándose en su vara para verlo mejor. Era un gran esclavo. Tenía poderosos músculos, ¡y, por Júpiter, si no tenía grandes atributos! Las mujeres se taparon los ojos sin dejar de mirarlo, desnudo como estaba. Era fascinante. ¿Quién podía llamarse hombre al compararse con él? Los magistrados tampoco le quitaron ojo de encima. El esclavo estaba totalmente afeitado. Sus pies, pintados con yeso. Sus manos, enormes. El sudor hacía que todo él, inmóvil, brillara bajo el sol y se apropiara de toda la tarima, como si estuviera esculpido en piedra, con los ojos cerrados, la respiración tranquila, tenso, preparado.

Casi como si fuera un dios. Perseo le cruzó la cara con su vara por su osadía.

—¡Otro africano! ¡Pero no veréis en mucho uno como este! ¡Más allá del desierto que limita con la Tingitana, más allá de las rutas de los garamantes, existen tribus llenas de estas bestias! Merodeadores, saqueadores, incivilizados, pero fuertes como diez bueyes.

—¿Habrá que enseñarle todo? ¿Habla latín?

—Verás que aprende rápido, magistrado. Ya entiende algo, aunque no hable.

—Demasiado fuerte. No dormiría tranquilo con él cerca.

—¿No te interesa?

—¡Claro que no! —El duunviro se ajustó el pliegue de la toga. El esclavo abrió los ojos, negros como pozos sobre un fondo blanco refulgente—. Dos mil sestercios.

—Tres mil —dijo otro togado.

—¡Qué poco ofrecéis! Miradlo bien.

—Lo miro, lo miro —replicó el duunviro—. No parece manso. Y esa mirada...

Perseo golpeó el rostro del esclavo dos veces más. Marcas. Pómulos heridos. No se quejó, ni varió su expresión. Ni hizo gesto alguno con las manos. Yo no dejaba de mirar esas manos.

—¿Veis? Es un buey dócil. ¡Mirad qué fuerza! ¡Moverá bien las vigas de las prensas de aceite! ¡Hará el trabajo de cuatro él solo! Sabréis usarlo.

—Sea. Cuatro mil.

Mi padre carraspeó. Iba a hacer una oferta cuando otra voz lo interrumpió.

—¡Diez mil sestercios!

Reconocí el anillo, la toga, los gestos. Esa nariz enorme y alargada. Esa corpulencia. Ese pelo canoso. Esos ojos negros saltones y bizcos. Era Cayo Manilio Fusco. El duunviro le miró sorprendido.

—¿Y para qué lo quieres tú? ¿No tienes ya bastantes?

—Como ese, no. ¡Diez mil, liberto! —El cuestor tenía cara de avaricioso. Estaría calculando su porcentaje de la venta—. Otórgamelo.

—Once mil.

—Doce.

—Trece mil —gritó mi padre—. La familia Cornelia ofrece trece mil.

Perseo ya estaba contento. Yo no me lo creía. Por ese precio habríamos comprado cuatro hombres fuertes. Cayo Manilio, herido

en su orgullo, avanzó entre la gente hasta ponerse a nuestra altura. Miró a mi padre con sus ojos desorbitados, como si quisiera convertirlo en piedra. Ya era cuestión personal hacerse con el negro. Miré detrás de nosotros. No había llegado solo. Cuatro hombres con túnica estaban tras él.

—Catorce mil.

—Catorce mil quinientos.

—Dieciséis.

—Dieciséis quinientos.

El duunviro hizo un gesto desdeñoso y abandonó la puja. No estaba dispuesto a igualar ninguna de las ofertas. Cayo Manilio Fusco era ancho de hombros. Su papada tembló con voz de trueno desde su toga.

—¡Veinte mil sestercios! —Mi padre negó y bajó la vista, golpeando el suelo con la vara.

—Veintiún mil.

A Cayo Manilio Fusco los ojos se le salían de las órbitas.

—¡Quién compra, esclavo! ¿Aselio o tu amo el procónsul? ¿Volverá vuestro banquero a vaciar la caja? ¡Soy Cayo Manilio Fusco, y quiero ese esclavo!

—Debes superar la oferta, ciudadano —habló con voz calma el cuestor. El duunviro, a su lado, estaba disfrutando. Como todos los demás. Pero yo estaba asustado. Mi padre todavía parecía tranquilo.

Cayo Manilio metió la mano en la bolsa que portaba uno de sus guardias y alzó la mano con furia hacia el cielo. Una moneda. La primera que cogió. Cuando habló salieron perdigones de saliva hacia mi padre.

—¡Veintiún mil sestercios, y un as! Y más vale que no sigas, esclavo.

Mi padre ni dijo ni hizo nada. Miró al suelo y se encogió de hombros. El terrateniente pagó al cuestor su porcentaje, y estampó su sello en la tablilla de cera que le mostró Perseo con el contrato de venta. Miré al esclavo vendido. ¿Era inmune a todo? ¿Entendía qué había pasado? Me pregunté cuánto valdría yo. Volvimos a casa

sin el demonio. Silvina Barba envidiaba el vientre preñado de Manilia Valeria. Yo me recreé en la casa. Sonreí al ver a los esclavos que conocía. Suspiré. Mi padre me fulminó con la mirada. Los dos nuevos esclavos cargaron con la litera en nuestro lugar. Silvina Barba nos retuvo en la casa. Quería saber.

—¿Para qué quiere Lucio más esclavos? ¿Cómo los ha pagado?

—Ha hecho ahorros, ama. Con la asignación para mantener la villa. Con la comida, como aconseja Catón. Creo que los ha comprado para sí mismo.

—¡Maldito! Pero tú lo estás anotando todo, ¿verdad?

—Sí, ama.

Silvina Barba rodeó la fuente del atrio abierto y pasó la mano por el surtidor de agua para refrescarse las mejillas.

—¿Debe mucho? —Mi padre miró al ama, luego me miró a mí—. Medoro, respóndeme.

—No puedo, ama. Prometí no revelarlo. Se lo prometí al amo. Solo él puede liberarme de mi promesa, ama.

El ama Silvina era esbelta y agraciada. Su pelo era negro, su tez pálida, sus maneras suaves, pero sus ojos grises podían ser terribles.

—Te lo estoy ordenando. ¡Te lo estoy ordenando!

Ambos bajamos la vista al suelo de mármol blanco veteado. Oí sus pasos. Vi las sandalias de mi ama detenerse frente a mí. Vi sus pies pequeños, sus uñas limpias. Inspiré su suave perfume a lavanda. Sentí su aliento cálido en mi cara. Me imaginé su nariz pequeña, sus labios rosados. Sus dos hoyuelos.

—¿Y tú, Criso? ¿También prometiste desobedecerme?

—No, ama.

—Pues dime lo que sabes. Medoro es tu padre. Un padre confía en su hijo. Dime qué te ha contado.

Sentí que traicionaba a mi padre. No tenía elección. No quise mentir. Nunca se me dio bien mentir, ni antes ni ahora que, viejo como soy, me auxilio de una vara como mi padre. No, no mentí.

—Perdón, ama. Que debe mucho, ama. Y que pretende malvender por adelantado la cosecha de aceite de este año antes de ser recogida, ama.

—¿Mi esposo lo sabe?

—El amo Aselio dice que tiene su permiso —habló mi padre—. Pero yo no lo sé, ama. Aún no sé qué pasará y...

Silvina Barba le ignoró completamente y yo no me atreví a mirarla. Sus pies se alejaron.

—Quiero saber para qué quiere más esclavos. No son necesarios más. ¿Cuánto hay en la bolsa?

Mi padre se sorprendió.

—Casi mil denarios, ama —Me sorprendí. Cuatro mil sestericios. Apenas era lo justo para pagar la comisión al cuestor, si hubiera comprado al esclavo negro.

—Dámelos. Será a cuenta de lo que ya debe Aselio. No voy a permitir caprichos a un derrochador.

Por lo avanzado de la hora, pensé que comeríamos allí, con los demás domésticos. Compartiríamos un buen plato de gachas calientes y quizás alguna salchicha adobada, y alguna conversación. Podríamos hablar con Timón, con Teófanos, con Livia, con el anciano Tiresias. Pero no. Silvina Barba era ahorrativa, y también vengativa. Nos mandó de vuelta a la villa bajo el tormento del sol a que fuera el amo Aselio quien nos alimentara. Al salir de la muralla me detuve junto a una higuera loca que crecía al pie del terraplén. Arranqué dos ramas con hojas para que nos dieran sombra. Encontré también un higo maduro. Me rugían las tripas, pero se lo di a mi padre, que tenía un semblante trágico.

—Lo peor que puede suceder teniendo dos amos, hijo, es que los dos amos estén enfadados. Sé lo que estás pensando. No te guardo rencor. ¿Ves? Por eso me cuesta contarte nada. A veces no saber es mejor que saber.

—Y tú sabes mucho.

—Demasiado, que tengo que callar.

En la villa, el chasquido del látigo fue un recibimiento siniestro. Los perros nos ladraron. Estaban salivando. El amo Aselio también estaba ahorrando en ellos. Rufo fustigaba a los dos nuevos esclavos. Todos los domésticos estaban al sol, en la entrada a la villa. Eran testigos del castigo junto al molino de aceite. Licinio nos

lo susurró: la reticencia de uno de los africanos a arrodillarse para recibir en el cuello el aro de hierro era el motivo del correctivo. No confiaba en que fueran sumisos. Eran salvajes. Acabaron los latigazos. Los dos africanos gemían. Si no cayeron al suelo fue porque estaban atados a los dos postes.

Lucio Cornelio Aselio había observado todo desde el escalón del umbral de la villa. Se dirigió a todos nosotros. Un hombre joven estaba junto a él. Tenía un pelo negro y salvajemente rizado y una mirada de avaricia, ambición e inteligencia. Su rostro moreno estaba totalmente rasurado, mostrando rasgos suaves y gentiles.

—Hasta ahora he sido generoso y benevolente con todos vosotros. Pero siento que mi generosidad no ha sido recompensada. Creo que os habéis vuelto displicentes ante la ausencia de vuestro amo. No me haréis quedar mal ante él, aunque alguno lo quiera. Desde ahora, será Polonio quien me represente en esta casa. Él os recordará cómo deben hacerse las cosas para que esta villa prospere.

Polonio también era esclavo. El amo Aselio le palmeó el hombro con familiaridad. Mi padre tragó saliva cuando nos vio y nos señaló para que nos acercáramos. Mi estómago rugió. Rufo también se acercó al umbral mientras enroscaba su látigo ensangrentado. De entre las costuras de cuero entrelazado rezumaba la sangre, que le ensuciaron las palmas de las manos.

—Medoro. Ya no te necesito aquí. Polonio te sustituirá. Puedes regresar con tu ama Silvina. Puede que ella encuentre alguna utilidad para ti.

Mi padre se quedó parado. Aselio le dirigió una nueva mirada de fastidio y un gesto imperativo. Mi padre me miró, triste. Luego se alejó, de vuelta de nuevo otra vez al camino, apoyándose en su vara. Yo tenía un nudo en la garganta.

—En cuanto a ti, eres joven y fuerte. Ya no estarás en la casa. A segar.

Maldije a los lares, manes y penates por aquel soberbio. Cogí la hoz mareado por el hambre. Corté cada espiga imaginándome los cuellos blancos de los patricios.



## II

### *Polonio*

El calor y el hambre convirtieron las semanas de la siega en una tortura. Polonio nos redujo la ración de pan y gachas al amanecer, y Rufo usaba el látigo constantemente, a veces contra el aire, a veces contra la carne. Con ansia, ocultábamos puñados de grano maduro en la boca. Tenerlos en la boca engañaba al hambre, y al rato se reblandecían. Rufo trataba de impedirlo, pero Polonio no ponía excesivo celo en evitarlo.

—Mejor que coman como pájaros a que coman como hombres. Es más barato.

No me querían como doméstico. Decían que ya no era necesario en la casa. Polonio y el primo de mi amo hablaban mal de mi padre, y lo tachaban de desleal. También hablaban mal de otros, y prometían que tomarían medidas. Cuando yo lo escuchaba o Licinio o Quinila me lo decían, me hervía la sangre.

Envidié la suerte de mi padre, en la casa del amo en la ciudad.

Los dos africanos duraron poco en la villa. El liberto Perseo los permutó por aquella joven germana de pelo lacio y rubio y piel lechosa que habíamos visto en la venta de esclavos. Los dos desdichados fueron enviados a su villa en Calécula. Y entonces Manilia Valeria enfermó. Dos cosas pensé, mientras descansaba dolorido de mis esfuerzos. Uno, que Lucio Cornelio Aselio intentaba deshacer toda la gestión de mi padre. Dos, que la palabra de Lucio Cornelio Aselio valía menos que un puñado de moscas. Allí estaba, sonrien-

te, Perseo el liberto para confirmarlo. Lo que pensé en tercer lugar vino después.

Quinila estaba embarazada.

Mario lo escuchaba todo cada noche, desde su jergón. Él y todos en la casa. Yo dormía en la cabaña del campo, con los agrícolas, pero también entre esclavos los murmullos corren. Mario me lo contó. Su amo se solazaba cada noche con la nueva esclava y evitaba a su esposa, a punto de cumplir. Pero su simiente ya había prendido en Quinila también, y Quinila no lo ocultaba. Como si se imaginase matrona de la casa. El ama, reclusa, estaba enferma, sí, pero de tristeza.

Por eso, cuando rompió aguas, no fue un día de alegría en la villa.

Fue Gerudia, la vieja cocinera, la que se hizo cargo del alumbramiento. Mario nos lo contó en el almuerzo. Gerudia había expulsado del cuarto al padre, y había apremiado a Virgilia a ayudarla junto a Quinila. Eso sería a la hora cuarta. A la hora nona, cuando volvimos de los campos, cuando ya el sol se había ocultado y llegaba la penumbra previa a la oscuridad, el parto no había terminado. Yo estaba inquieto. Desde la explanada frente a la casa veíamos las luces en las ventanas y también oíamos los gritos exhaustos, los gemidos y llantos de Manilia Valeria. Vimos a Rufo partir a toda prisa, a galope y antorcha en mano, al camino hacia la ciudad. Algo no iba bien. No sé qué pedirían los demás. Yo rezaba por la criatura y por su madre. Eché en falta a mi padre y su sabiduría.

Por los gritos de la parturienta, supuse que el amo Aselio también. Luego vino el silencio. Todos miraron hacia la casa. Yo no. Yo miré al cielo.

A veces hacemos peticiones o promesas sin medir antes el alcance de nuestros actos. Miedo, angustia, desesperación. Entre las estrellas, reflejo de los dioses caprichosos, un fulgor fugaz cruzó delante del Cazador al realizar yo mi promesa y ofrecer mi ofrenda, y supe que Júpiter me había atado a mi promesa. Por eso corrí hacia la casa, sin atender a la llamada de los demás esclavos.

Dentro, Licinio se retorció las manos, de pie en el atrio entre los candelabros encendidos. Polonio estaba sentado más allá del tablino, en los bancos del patio. En la terraza, con solo una lucerna cerca, Lucio Cornelio Aselio paseaba a grandes zancadas con la cabeza agachada y las manos atrás, bajo el peristilo, de un lado a otro sin parar. Por eso no me vieron. Y Licinio, sorprendido, no pudo detenerme. Gritó mi nombre.

Yo ya estaba en el umbral del cuarto. Abrí la puerta.

Virgilia sostenía la mano derecha del ama, tendida sobre el lecho a medio desnudar. Quinila humedecía la frente de Manilia Valeria. Gerudía, de rodillas a los pies de la cama, tenía las piernas del ama sobre sus hombros y sus manos en sus entrañas, intentando guiar el parto. Una fuente de aceite a un lado. Sangre por todas partes, en la cama, mezclada con el aceite, en las sábanas, en el suelo, en las túnicas de las esclavas. Manilia Valeria sollozaba. Gerudia la exhortaba a seguir empujando, con sus manos aceitadas dentro de ella. A su lado, dos cordones azules de lana y unas tijeras, y figuras de los lares con velas encendidas en una esquina.

De pronto me miraron todas, y a la vez que oí sollozar a la criatura, gimiendo como un lobezno con la cabeza fuera y el cuerpo dentro aún, mi cuerpo se cubrió de dolor con el restallido del látigo. Me protegí como pude la cabeza con los brazos, soporté las patadas y los golpes con el mango, y me arrastré para salir de allí. Licinio y Mario me sacaron a empujones y me ataron a los postes frente al molino. Supe que sangraba al sentir la brisa de la noche en mis heridas. El amo Aselio entró en el dormitorio después de lanzarme rayos con los ojos. Dejó que Polonio se encargara de mí.

—¿Cómo te has atrevido? ¡Esclavos, todos! ¡Sabed que gracias a Criso, mañana no comeréis ni beberéis! ¡Agracedédselo a él!

Me dio latigazos hasta que me desmayé. Pero entre grito y grito de los míos, llegaron otros desde la casa. Del amo Aselio.

No me soltaron de los postes.

En la noche, desperté dos o tres veces de mi inconsciencia, agotado y sostenido en pie por las sogas. Sentí las manazas de Ru-

fo cogiéndome la cara con brutalidad y alzándome el rostro a la luz de una antorcha. Se rio y escupió en mi cara. Se alejó.

En la noche, tuve funestos pensamientos. Recordé los caminos que conocía, de Ilíberis a Ilurco, a Anticaria, a Acci. Los largos tramos rectos, pulcros, pavimentados. Las llegadas a las ciudades. Las afueras, con las estelas y las cupas funerarias, con los columbarios de los patricios y los montículos de las fosas, a ambos lados del camino, con los perros desenterrando huesos y comiendo lo que encontraban.

En la noche, oí el sol que llegó con el amanecer. Rufo me soltó. Caí delante de todos como una piedra sedienta al suelo, pero tuve que alzarme para segar. El día se me hizo interminable. Y Rufo estaba especialmente pendiente de mí.

—Polonio sabrá tratarte —me siseaba—. El amo Aselio no te quiere aquí.

El hambre y la sed azuzaron miradas de odio contra mí, pero Rufo no dejó que nadie dejara de trabajar. Él bebió. Él se enjuagó el rostro, el cuello, la nuca, con agua fresca que cayó de su piel y de su túnica al suelo reseco. Perdida. Desperdiciada.

Y al anochecer, arrastrando los pies hasta la cabaña, encontramos que Polonio estaba allí, esperándonos. Los domésticos también.

—Desde hoy, se suspende el peculio mensual. Debéis entregar lo que tenéis en vuestro poder. No es vuestro, es de nuestro amo Lucio. Entregadlo y evitaréis un severo escarmiento. ¡Vamos, en la caja!

Los dos hombres de más edad depositaron en la caja una gruesa bolsa. Se encaró con ellos y les pegó con una vara. Los zarrandeó y los empujó hacia Rufo.

—¿Veis? ¿Tenemos ladrones entre nosotros? ¿Los demás me engañáis también? ¡A los postes con ellos! ¿Y tu bolsa? —Polonio me escupió su desprecio.

—En la casa. No pude tomarla antes de... segar... y dormir en la cabaña.

—Díselo a Licinio. Él la traerá.

Quinila, Virgilia y Gerudia agacharon la cabeza. No vi a la germana. Licinio trajo la bolsa. Era la mía y la de mi padre. Era la más pesada de todas. Rufo me puso el mango del látigo en el cuello.

—¿Veis todos? El amo Lucio no puede ser clemente con vosotros. No sois de fiar. —Polonio hizo un gesto a Rufo, y me soltó—. Por eso, el amo aprecia a quien sí lo vale. Mario. El amo te agradece tus servicios. Esta bolsa es para ti.

Mario abrió la boca por la sorpresa y recibió en sus manos la bolsa de mi padre ante la mirada acusadora de todos. Mario me miró y negó con nerviosismo. Polonio le palmeó la espalda. Después, ordenó que todos durmiéramos, si podíamos, con el estómago rugiendo y la boca pastosa. Ansiábamos un nuevo amanecer y las gachas.

Noté el frío y el silencio, y las miradas desconfiadas, y los murmullos contra mi padre, contra Mario, contra mí. ¡Mario! No, no podía ser. Era la intención de Polonio, del amo Aselio. Enfrentarnos.

Yo ya temía el día. Recordé las palabras de Rufo, y desde ese momento temí también la noche.

Nadie había visto al recién nacido. Ni al ama. No pude hablar con Mario ni con Licinio. No estaba mi padre. Me sentía solo como nunca y quería olvidar aquellos dos días, pero no podía olvidar los sollozos de la criatura ni su rostro albino.

Fue como si aquel niño no hubiera existido.

Mi padre había guardado sestercio a sestercio, año tras año, en aquella bolsa de dinero para comprar su libertad.

A mi padre no le importó que le robaran porque no volví a verlo jamás.